Xavier de Maistre

Viajes alrededor de una habitación

Traducción de Delfín G. Marcos

mármara

Título original: *Voyage autour de ma chambre. Expédition nocturne autour de ma chambre*

Primera edición: enero de 2021
© 2021 de la traducción: Delfín G. Marcos
© 2021 de esta edición: Mármara Ediciones
www.marmaraediciones.es

Diseño cubierta: Carlos Moreno
Ilustración de solapa: Rosa Navarro

Impresión: Kadmos
Impreso en España — Printed in Spain
ISBN: 978-84-122458-1-3
Depósito legal: M-30575-2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Viaje alrededor de mi habitación

CAPÍTULO I

¡Vaya si es glorioso iniciar una nueva andadura y aparecer de repente en el mundo erudito con un libro de descubrimientos en la mano, cual cometa inesperado que centellea en el espacio!

No, ya no contendré por más tiempo mi libro *in petto*: aquí lo tienen, señores. Léanlo. He emprendido y llevado a cabo un viaje de cuarenta y dos días alrededor de mi cuarto. Las interesantes observaciones que he hecho, y el constante placer que he experimentado a lo largo del camino, hacen que me apetezca hacerlo público; la certeza de su utilidad me anima a ello. Mi corazón experimenta una satisfacción indecible cuando pienso que estoy ofreciendo a los innumerables desgraciados un recurso eficaz contra el aburrimiento, y una manera de mitigar las dolencias que les afligen. El placer que uno encuentra viajando en su cuarto le guarda a uno de la

envidia de los hombres; es independiente de la fortuna.

¿Habrá, en efecto, un ser lo bastante desgraciado, lo bastante desamparado, como para no contar siquiera con un cuchitril donde poder retirarse y esconderse de todo el mundo? He aquí todo lo que se requiere para el viaje.

Estoy convencido de que todo hombre sensato adoptará mi sistema, sin importar cuál pueda ser su carácter, y sea cual sea su temperamento; ya sea avaro o desprendido, rico o pobre, joven o viejo, nacido donde el calor abrasa o cerca del polo, cualquiera podrá viajar como yo. En fin, en la inmensa familia de hombres que pululan por la faz de la tierra, no hay ni uno solo —no, ni uno (de entre los que moran en sus cuartos, entiéndase)— que, después de haber leído este libro, ose rechazar esta nueva manera de viajar que introduzco en el mundo.

CAPÍTULO II

Podría comenzar el elogio de mi viaje diciendo que no me ha costado nada; vale la pena detenerse en este punto. Primeramente, vemos que es predicado y celebrado por las personas de modesta fortuna; hay otra clase de hombres que a buen seguro recibirán esta noticia, el hecho de que no cuesta nada, con más alegría si cabe. ¿De quién se trata? ¡Pero bueno! ¿Y os lo preguntáis? Se trata de la gente rica.

Por otro lado, ¿qué posibilidades no ofrecerá esta manera de viajar a los enfermos? No tendrán que temer por la inclemencia del aire libre y de las estaciones. Los miedosos estarán a salvo de los ladrones; no se verán al borde de precipicios ni en barrizales. Esas miles de personas que, hasta ahora, no se habían atrevido; esas otras que no habían podido; esas que, en definitiva, ni siquiera habían soñado con la idea de viajar, van a decidirse a seguir mi ejemplo.

¿Habrá un ser tan indolente que aún dude si es buena idea emprender la marcha conmigo, y así procurarse un placer que no le costará ni esfuerzo ni dinero? Vamos, pues. Partamos. Seguidme todos aquellos a quienes un mal de amor o la negligencia de un amigo os tienen enclaustrados en vuestros aposentos, lejos de la mezquindad y la perfidia de los hombres. ¡Que me sigan todos los desgraciados, todos los enfermos y todos los aburridos del universo! ¡Que se alcen en masa todos los perezosos! Y vosotros, que tramáis en vuestro fuero interno siniestros planes de reforma o de retiro a causa de alguna infidelidad; vosotros, que, en el tocador, renunciáis por siempre al mundo; amables anacoretas de una noche, venid también; sois capaces de perder un instante por el placer y no encontráis ninguno para la sabiduría; recorreremos el camino sin prisa, y nos reiremos de los viajeros que han estado en Roma y en París; ningún obstáculo nos podrá

detener; y, entregándonos alegremente a nuestra imaginación, iremos allí donde esta tenga el gusto de conducirnos.

CAPÍTULO III

¡Hay tantas personas curiosas en el mundo!

Estoy convencido de que se preguntarán por qué mi viaje alrededor de mi cuarto ha durado cuarenta y dos días, en lugar de cuarenta y tres o de cualquier otro espacio de tiempo; y bien, ¿cómo voy a hacérselo saber al lector, si yo mismo lo desconozco? Lo que sí puedo asegurar es que, si la obra es demasiado larga para su gusto, no ha estado en mi mano hacerla más corta: si no fuera por la vanidad del viajero, me hubiera contentado con un capítulo. Estaba, a decir verdad, en mi cuarto, y no podía ser más placentera esta circunstancia; pero, desgraciadamente, no podía salir de allí a mi antojo; incluso creo que, de no ser por la mediación de algunas personas importantes que se interesaban por mí, cuyas atenciones nunca podré agradecer lo suficiente, bien habría podido sacar a la luz un infolio por día, de tanto que me favorecían los protectores que me hacían viajar por mi cuarto.

Y, sin embargo, razonable lector, observe cuán equivocados estaban aquellos hombres, y siga atentamente, si le es posible, el siguiente razonamiento.

¿Hay acaso algo más natural y más justo que enzarzarse con alguien que os da un pisotón por descuido, o bien que deja escapar algún término espinoso en un momento de despecho, provocado por vuestra imprudencia, o bien que tenga la desgracia de gustar a vuestra querida?

Se va a un prado, y allí, del mismo modo que Nicole hacía con el burgués gentilhombre, se trata de pasar a la cuarta posición con el florete cuando todo está dispuesto para la tercera: y, para que la venganza sea certera y completa, se le muestra el pecho descubierto, corriendo el riesgo de que el enemigo le mate por haberse vengado de él. Vemos que nada es más consecuente, y aun así uno encuentra personas que desaprueban esta venerable tradición. Lo cual no impide que, esas mismas personas que la desaprueban y que desearían que se viese como una falta grave, tratarían aun peor a quien se negase a cometerla. Más de un desgraciado, para adaptarse a tal parecer, ha perdido su reputación y su empleo; de suerte que, cuando tenemos por desgracia lo que viene siendo un encontronazo, no haremos mal en encomendarnos al azar para saber si se debe zanjar el asunto según las leyes o según la costumbre, y, puesto que las leyes y la costumbre son contradictorias, los jueces podrían a su vez dictar su sentencia tirando los dados. Probablemente tendríamos que hacer tres cuartos de lo mismo para explicar cómo es que mi viaje ha durado cuarenta y dos días, ni más ni menos.